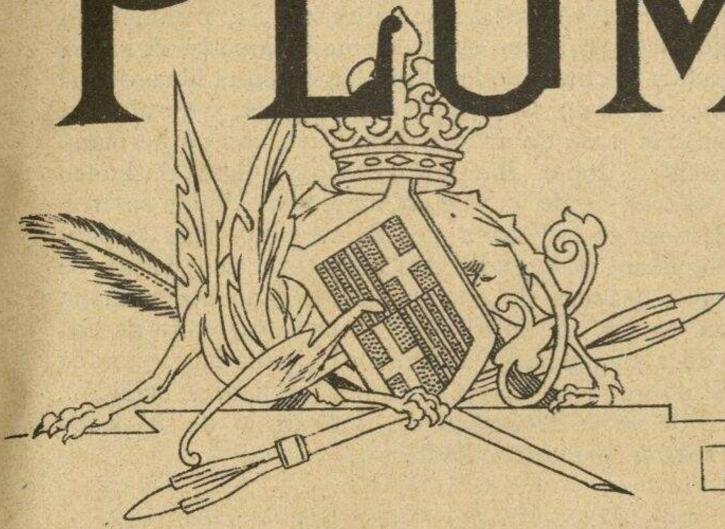


PLUMA Y LAPIZ



PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO

15 Cents

ADMINISTRACION-BUSQUETS HERMS - CALLE DEL OLMO Nº 8.

Quinto



EN EL CAMPO



DESDE LA PUERTA DEL SOL

ESTÁN pasando por Madrid en derecha á la siega... A lo mejor óyese por esas calles un choclear seco, de almadrías, pegando en los adoquines. Es una turba de gallegos, cargados con sus hatillos y su hoz... Van vestidos de andrajos, mostrando por los girones la piel tostada. En sus rostros quemados por el sol, vislumbra la tristeza. Llevan la bolsa vacía y acaban de separarse de la vaca, del maizal y de la mujer, de cuanto constituye el idilio de su vida. La miseria les lanza de su país, empieza á calentar el bochorno, y cogiendo su endrillo de yerba y su cayado, se largan por esos campos á buscarse un pedazo de pan, cortando la mies más barato que nadie... ¡Dos meses de ausencia, dos meses de inorriña, dos meses de no ver la ría ni el horreo!... ¡Cuántos suspiros se llevará la brisa cuando vaya á despedirse del trigo, y cuántas lágrimas silenciosas caerán en el gazpacho con que refrescan el estómago, en los ardientes día de faena!...

Pasan, pasan por la población... Llegan por una carretera y se alejan por otra, vienen á pié y á pié se marchan... Al regreso, cobrados los míseros cuartillos, se permitirán el lujo de tomar el tren... Entonces tornan á ver á la vaca, al maizal y á la mujer, y se montarían hasta en los alambres del telégrafo para llegar más deprisa... Ahora se encaminan á la siega, llevan áuestas todos sus recuerdos que pesan mucho, tienen por delante dos meses de soledad... Pasan, pasan por la población... Van á ganarse su pedazo de pan y á volverse á escape á oír la gaita, á la romería...

Función religiosa en el alcazar... Las capillas públicas son muy populares entre los madrileños... Señoras existen en la clase media, que constituye el público abonado, por decirlo así, á tales fiestas palatinas, que con razón pueden llamarse amigas de la reina... No pierden un acto; media hora antes de que la regia comitiva desfile por las galerías del palacio, ya están ellas situadas en primera línea, junto á algún alabardero que también tratan en fuerza de frecuentar semejantes ceremonias. Por supuesto, que no pasa personaje á quien no señalen por su nombre... Cuando la soberana acierta á transitar por delante de las aficionadas, presidiendo la procesión, hacen, como es natural, respetuosa reverencia, á la que contesta la regente con un saludo. De aquí que doña Cristina retenga en la memoria el rostro de una porción de personas conocidas á quienes no conoce...

Los paseantes que transitaban la otra tarde por la carretera del Pardo, vieron con asombro una berlina particular, arrastrada por dos soberbios caballos y lanzada al galope del tronco. Pero lo extraño del lance, porque el que corra un carruaje por el campo nada de sobrenatural ofrece, es que dentro del coche se distinguían los fusiles y tricornios de una pareja de la Guardia civil de infantería...

Nada tan sencillo como lo acontecido... El Director de la Guardia civil paseaba en su coche por las cercanías del monte, cuando oyó las bocinas de los guardas pidiendo socorro y vió huir tres ó cuatro hombres, perseguidos por una pareja que corría tras ellos sin lograr darles alcance... De seguro que se les escapa la berlina, y de tal suerte fueron aprendidos los prófugos... Seguramente que la benemérita no registra en sus gloriosas páginas un servicio tan singular, un apresamiento realizado por el propio Director del cuerpo, su cochero, dos guardias y dos yeguas...

Es una de esas novelas inverosímiles, en que la realidad se encarga de probar que no hay nada absurdo en el mundo... La imaginación las crea, y la crítica las rechaza por falsas é hiperbólicas... Pero luego viene la horrible verdad de la vida, y deja tamañas las lucubraciones más osadas de la fantasía...

El hecho ha ocurrido en la villa y corte, y ha quedado envuelto

en el misterio por lo que respecta á sus causas... Un hombre joven y rico, realiza la suprema aspiración de su existencia, resumen de todos sus juveniles sueños: hacer suya la mujer amada. A la vez que la lleva al altar, escribiendo la última línea en el libro de las ilusiones, que empieza en un suspiro y en una carta, y termina en el cura, efectuábase la boda de una hermana suya con un hermano de su mujer. Felicidad doble. Bien provistos de billetes de banco trasladáronse á Madrid, desde un pueblo inmediato donde se efectuó la boda, alojáronse en la Posada del Peine, y dos días después de unidos, y al siguiente de llegados á la corte, el recién casado se separó de su familia después de comer... y á la siguiente mañana se le encontraban muerto de un pistoletazo, en la carretera de Getafe, los viajeros de la diligencia. ¡Qué terrible tragedia hay ignorada en la sombra? El pobre joven, según dictámen médico, se suicidó... ¡Espantosa debió de ser la desesperación que arrojó de su pecho todas las esperanzas en plena felicidad!...

Leo en un periódico de esa várias excitaciones acerca del uso del bozal alambrado en los canes. Pero lo que me causa un gratísimo asombro, es la noticia de que el alcalde ha mandado colocar receptáculos de hierro en las fuentes, para que beban los perros sedientos... Es tan frecuente y tan clásico entre nosotros, que los gobernantes, máximos y mínimos, no se dignen tener sentimientos; es tan español eso de que se maltraten los animales en presencia de los mismos guardias, muy regocijados del espectáculo; es tan nacional pegar á las mulas en la cabeza y martirizar á los chuchos por el placer de verlos sufrir, considerándose bufo y sensiblero aplicar el código á tales salvajes civilizados, que no puedo menos de felicitar calurosamente al Sr. Henrich por su loable piedad, que demuestra un gran corazón y un gran valor para arrostrar la sátira de los espíritus fuertes y viriles de nuestro tiempo.

¡Qué perpétuo sarcasmo el de la vida! Haber hecho popular el nombre de Almagro, llegar á Madrid soñando con una mercedísima cartera, y morir en dos días en el cuarto de un hotel...

ALFONSO PEREZ NIEVA



LA CONDICIÓN HUMANA

I
—¿Te acuerdas bien? De su postrer destello
avaro el sol, al declinar la tarde,
con lento paso, perezoso huía
buscando alguna nube en que ocultarse.

Su blando nido, entre las verdes frondas,
rondaban ya las fatigadas aves,
de tristes quejas ó de amantes trinos,
en acordado són poblando el aire.

Y mientras entre arenas, que á su paso
oponían barrera infranqueable,
manchaba á trechos, de bruñida plata,
las verduras del Soto, el Manzanares,

Reclinada en mi pecho tu cabeza,
roja la faz, el labio palpitante,
con besos contestabas á mis besos,
y á mis frases de amor con dulces frases.

¿Te acuerdas bien? Amarme eternamente,
no ya una vez, cien veces me juraste,
sellando el juramento con el llanto
que tus ojos vertían á raudales.

Y tuve que partir. Cruel, la suerte
me obligó de tus brazos á apartarme.
¡Cuántas veces maldije, del soldado

el deber imperioso é implacable

Hoy vuelvo al fin. Si coseché laureles
mi espada, vencedora en cien combates,
fué para deponerlos á tus plantas,
de mi inextinto amor como homenaje.

Y ¡oh vergüenza y dolor! Cuando á ti vuelvo
para pedirte que mis ansias calmes,
encuentro que, perjura, ingrata, aleve,
otro hombre te condujo á los altares.

II

—¿Te acuerdas bien? El sol ya en el ocaso,
de tibias luces impregnando el aire,
con misteriosas sombras imponía
la calma y el silencio en todas partes.

Dormido todo soplo entre las frondas,
muda en su nido, de cansancio, el ave,
sólo del Soto en la extensión vacía
se escuchaba el rumor del Manzanares,

Que, al dejar deslizar por entre arenas
las claras aguas de su pobre cauce,
cual breve sierpe de bruñida plata
se arrastraba entre juncos y jarales.

¿Te acuerdas bien? Mi mano entre tus manos
mi pecho junto al tuyo palpitante,
en deliquios de amor pasaron horas
de esas cuya extensión no mide nadie.

Y al cabo de ellas, como flor marchita
del temible aquilón al rudo embate,
si viva dió en tus brazos mi inocencia,
de entre ellos no se alzó más que un cadáver.

¿Y lo recuerdas bien? A juramentos,
creo que tú con mucho me ganaste...
Tuviste que partir... Eras soldado...
Yo en detenerte no pensé un instante.

Mas, conté con que al cabo volverías...

Lo que pasó después, harto lo sabes...
Si yo á otro hombre le di mano de esposa,
¿la tuya á otra mujer no diste antes?...

III

Disculpas, nuevos votos y promesas,
sincera contrición, contritos ayes...
Cuando es culpable el juez de igual delito,

¡qué fácil le es al reo disculparse!...

Lo triste de la historia está en que aquellos
que, libres, no supieron fé guardarse,
del adulterio unidos por el lazo
modelo á ser llegaron de constantes.

ANGEL R. CHAVES

EL ETERNO FEMENINO

QUE hermosos son los floridos años!... Yo no me he eximido de pagar tributo al amor, y cometer por él grandes locuras... ¿Quién no las habrá cometido?... ¿Quién no ha sentido su voluntad encadenada á unos ojos femeninos ó á unos labios de fresa?... Ahora, después de muchos años, un recuerdo melancólico me trae la nostalgia de mi primer amor, como trae el viento cálido del desierto las refrigerantes emanaciones del lejano oasis... Julia, era una muchachita de carácter impresionable y ojos pardos... Se desarrolló nuestra pasión en aquel tiempo en que imperaba el romanticismo, y las Lelias bebían vinagre para dar al rostro un tinte cadavérico, y los Werther se suicidaban trágicamente al menor desdén del dueño bien amado... Aquello pasó: cayó en desuso el romanticismo, y solo en el ñaque de los desvanes podrán recordar tan sublimes pequeñeces, algún frac azul apolillado ó algún contrahecho ahucador.

No sé si por el medio en que nos encontrábamos, ó acaso tal vez—y creo más afirmativa la hipótesis, porque en la juventud siempre hay en claro una página romántica—nuestra pasión fué el delirio de dos espíritus; llegamos al *summum*: al perihelio del idealismo; pero con la agravante de que, á medida que el fuego pasional se iba debilitando en Julia, en mí se avivaba. Cuando hablábamos de nuestros proyectos, yo me remontaba á lo sublime; ella descendía á lo prosaico; yo suspiraba: «¡Todo amor!» sin tener en cuenta que la vida es sólo un camino sembrado de guijarros, fatigoso, monótono, y que cada guijarro es un egoísmo ó una contrariedad. Me iba en derechura al cielo, y ella me hacía ver que estábamos en la tierra.

«Dos y dos son cuatro»: es la fórmula de la vida: á ella hay que atenerse. Dado mi temperamento, no me robaron jamás una mirada envidiosa los lujos y fastuosidades, ni dí gran importancia al conocimiento de esa endiablada aritmética, cuyos axiomas: «Tanto vales cuanto tienes», «Por dinero baila el perro», «El mejor amigo, un duro» y otros que tal, créalos aleluyas sin pizca de sentido... En cambio, Julia... Al fin y al cabo, mujer.

Llegó un día de su santo, y yo ¡gran bobo! creí hacerle un soberbio regalo comprándola un monumental ramo de flores. Bien es verdad que mi gaveta no tenía entrañas para otra cosa: no obstante, con lo que me costó el ramo, pude muy bien comprarla una aparatosa chuchería. Pero, dígame usted á un hombre enamorado, como yo lo estaba, romántico *per se*, que en el mundo hay algo superior á las flores... Julia recibió de mis manos el ramillete, no sin querer ocultarme su desencanto.

—¡Qué! ¿No te agrada?—la pregunté sorprendido.
—Sí, sí,—respondió. Y esquivando explicaciones, dijo:
—Voy á cambiar de traje. Espérame.

Al poco rato volvió: en el centro del pecho lucía un medallón orlado de piedras falsas.
Quedé anonadado.

—¡Es un regalo que me ha hecho mi padrino!—murmuró.
—Creía yo que tendrías mayor gusto en lucir una de mis flores, y no esa zarandaja orlada de vidrios artísticos.

Al oír esto, hizo un mohín de impaciencia: hacíale daño mi desprecio hácia el medallón.

—Pero, si es muy bonito... ¡Mira que bien me sienta!
—Mejor estarían las flores.

Y por ahí entablamos una discusión que fué agriándose: Julia defendía los brillantes—aun los falsos;—yo campeaba por las rosas. El resultado fué lastimoso para mí, que hube de convencerme de una triste realidad: la de que á las mujeres les agradan momentáneamente las flores, y en cambio, rinden perpétua adoración á las piedras preciosas.

Herido en una de mis más caras creencias, patente que mis romanticismos eran exajeraciones estúpidas, exclamé al final:

—Julia, ¿qué prefieres más: las rosas ó los brillantes?
—¿A qué viene esa pregunta?
—Responde categóricamente. ¿Rosas ó brillantes?..
—Hombre, brillantes, ¡qué duda tiene!

—¡Oh, no, ninguna! Yo te prometo que los tendrás, y en abundancia.

Y salí de casa de mi novia trazando planes que sólo la sobreexcitación del amor propio lastimado podía coordinar.

Nuevo Quijote, me arriesgué á aventuras extraordinarias: el inmortal loco buscó la fama para ponerla á las plantas de su Dulcinea; yo me fuí á América á buscar brillantes que ofrecer á la mía.

En verdad que, conmigo, la tierra vírgen se portó como una madre cariñosa: sufrí mucho, luché, pero obtuve un triunfo. En las horas de desaliento, mi novia y mi patria se me aparecían como el alfa y la omega en que se encerraban todas mis ilusiones del presente, todas mis dichas de lo porvenir, y su recuerdo me daba bríos para continuar la lucha.

En los primeros meses recibía con puntualidad las cartas de Julia; luego hicieron menos frecuentes, hasta que concluí por no recibir ya ninguna.

Esto fué lo que influyó más en mi ánimo para que realizase apresuradamente mis caudales, y me embarcara con rumbo á la patria.

Llegué felizmente á Madrid, y mis primeros pasos los dediqué á averiguar el paradero de Julia, la cual—según la portera de su antigua casa—habíase mudado de ella hacía ya tiempo.

Desesperanzado de encontrarla, puse en juego todos los recursos imaginables, sin conseguir un feliz resultado.

Un día, en el casino, contándole á un antiguo camarada mis aventuras, me dijo, después de muchos circunloquios:

—Al cotejar las señas de tu perdidioso amor con las de otra mujer muy conocida en el mundo galante, creo descubrir á tu Julia. Esta noche iremos al Real, y veremos si es ó no la misma.

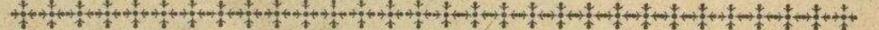
Efectivamente: fuimos á la ópera. Julia hallábase en uno de los palcos proscenios, rodeada de un sin fin de jóvenes de la aristocracia, que rendían tributo de admiración á los encantos de aquella Julia de mis amores, convertida en mujer á la moda.

Al verla, experimenté una sensación dolorosísima, que por un segundo heló mi sangre.

¡Qué hermosa estaba! ¡Qué impudicamente seductora!...
Como un amargo reproche hacía la pérdida del pudor suyo, murmuré:

—¡Qué magnífico aderezo de brillantes ostenta!
—Sí... pero falsos—replicó mi amigo, sonriéndose despreciativamente.

ALEJANDRO LARRUBIERA



HUMORADAS

I

Pensé que era decirselo un abuso;
que ella, ruborizada,
se pondría encarnada...
Se lo dije al oído, y... ¡no se puso!

II

«Ama al prójimo»—dice la Escritura;
y porque yo, obediente,
con toda el alma mía amo á Vicente,
no me dá su perdón el señor cura.

III

Cuando vas aumentando tus primores
con joyas y con flores,
se echa siempre á temblar el sexo feo,
que, con ellas por armas y trofeo,
eres un Napoleón de los amores.

IV

Cuando te pones rosas,
se marchitan al punto de envidiosas.

V

¿Que no duerme quien, ya sin inocencia,
tiene remordimientos de conciencia?
Pues tú, mi dulce dueño,
¿tienes poca conciencia, ó mucho sueño?

VI

¿Te encanta hoy tu futuro? Te aseguro
que al fin has de variar completamente
en cuanto á tu futuro,
le ascendas al empleo de presente.

VII

Para vivir conmigo, á aquella moza
le bastaba un mendrugo y una choza;
pero después, pensándolo despacio,
ha visto que es más cómodo un palacio.

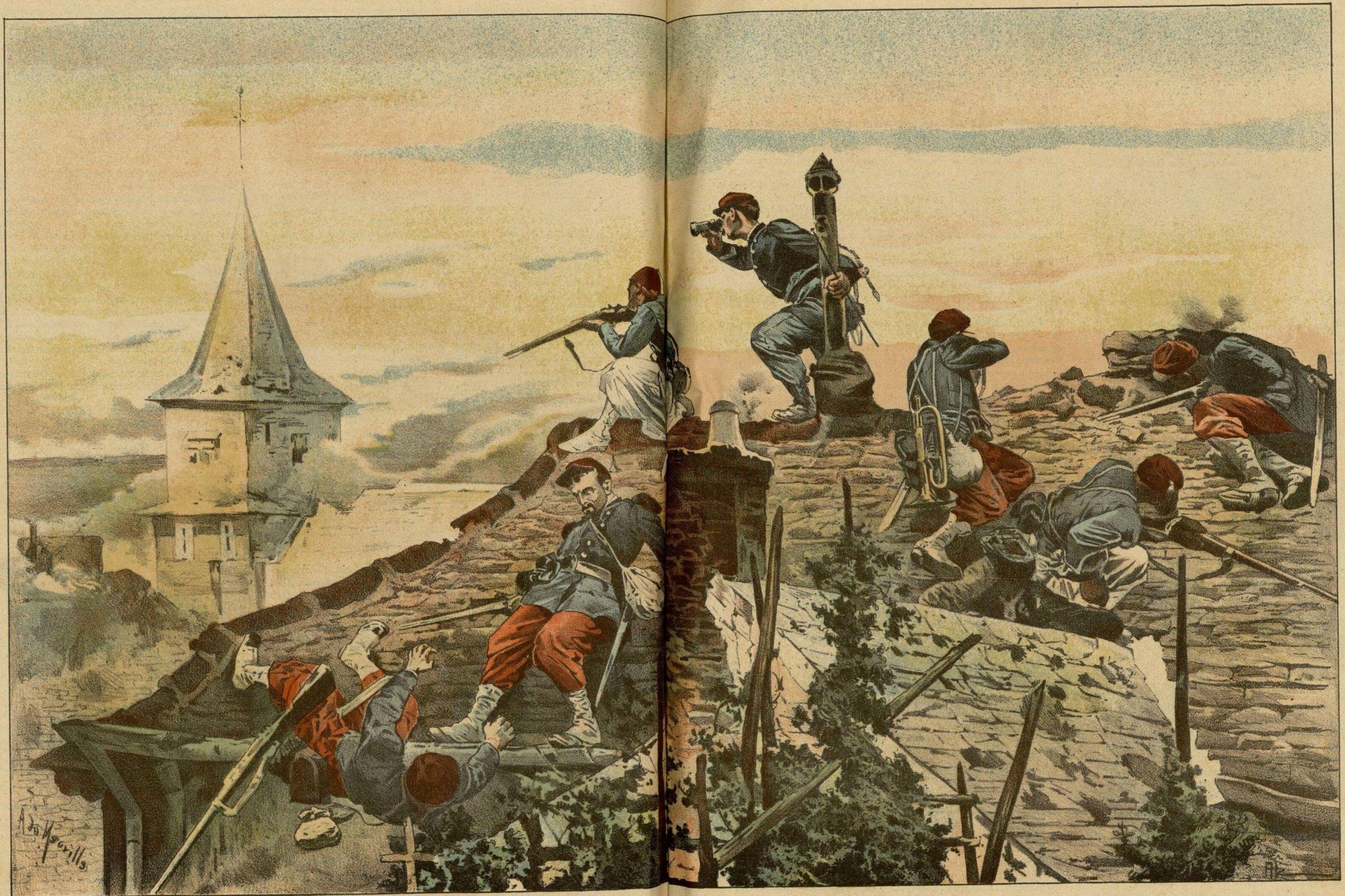
VIII

Murmura todo el mundo que Justina,
es una impenitente Mesalina.
Todos quisieran rechazarla; pero...
¡qué le vamos á hacer! ¡tiene dinero!

XI

Prométele y no cumplas, que asegura
un autor que en amores fué muy ducho,
que el amor con el hambre vive mucho
y se muere en seguida con la hartura.

JOSÉ ESTREMERÁ



Combate sobre los tejados

TU RETRATO

Tu retrato he recibido,
y decirte es escusado
lo que te le he agradecido;
porque, al fin, me le has mandado
sin habértele pedido.

¡Gran retrato! Considero
que otro tan bueno no vi,
ni se hizo en el mundo entero...
¡no tendría ningún pero
si se pareciese á ti!

Sin embargo, no dudé
de que era, para tu gloria,
tu imagen la que besé;
no es intuición; lo acerté
viendo la dedicatoria.

Si el retrato confundía,
tu nombre y tu ortografía
denunciaron el secreto...
«A mi querido Hanacleto
su inolvidable María»

Bendije mi buena estrella
y exclamé luego: aunque aquí
parece mucho más bella,
no me cabe duda, es ella,
que ella sola escribe así.

Y desde entonces no trato
de buscar otros placeres,
que el placer dulce y barato
de contemplar tu retrato,
que no te muestra como eres.

Pero ¿á mí, qué? esa no es cosa
que deba afligirme cuando
dieras envidia á una rosa...

¿No estás aquí más hermosa?
Pues, hija, yo voy ganando.

¿Qué no es hoy como antes no era
tuya esta cara hechicera
que está pidiéndome un beso?
Bueno, no me meto en eso...
¡Por mí, como si lo fuera!

Pero yo no he comprendido,
ni comprendo todavía,
de qué medios te has valido
para estar como has salido
en esta fotografía.

¿Tú qué has hecho, criatura,
para dar á tu persona
tan distinta y bella hechura?
¿O te han puesto, por ventura,
cara nueva en Barcelona?

No; el milagro sorprendente
que has hecho con tu retrato
se explica bien fácilmente...
tu siempre fuiste indolente
y más simple que el cerato.

Te quisiste retratar
para darme á mi el placer
de poderte contemplar;
pero sin subir ni andar,
como ello pudiera ser.

Dió tu indolente temor
con un medio salvador,
y alguna hermosa de ahí
se prestó á hacerte el favor
de retratarse por tí!

EUSEBIO SIERRA.

quieran aplicarla, caen en falsas proposiciones; tal Tolstói, Mäterlinck y Pérez Galdós (1) (cada uno á su modo, según el juicio con que aplican la fórmula.) No: la dirección no está determinada; se siente el cansancio; la humanidad, incierta é insegura aún, se levanta en el aire, como el monstruo ciego á olfatear el horizonte, y la angustia es la angustia de toda crisis, en que por no verse el término, todo es desaliento y todo es vacilación. La luz que ya alborea alumbrará luego clara y distinta, y los hombres peregrinarán con pié firme, volviendo al febril y colosal trabajo de este siglo próximo á desaparecer, sin que sea el venidero más que la continuación del presente, como el novelista francés dice, y no suene á paradoja. La propia labor democrática, el mismo desarrollo en las verdades científicas... ¿quién lo duda?

Lo que ocurre en el arte, no es ni puede ser otra cosa que el triunfo del arte mismo, por lo que tiene de humano, sujeto á la época en que convive. La *sed de ideal cuasi mística*, que algunos han tomado como fórmula moderna, no nos conduce á la restauración de viejos ideales, que prosperaron á la sombra de una fé sin luz, exclusiva y avara de pensamiento: no volverá, por ahora, el desprecio de lo humano y la creencia ruda en lo sobrenatural; y la idealidad religiosa, á que parece volver los ojos el espíritu, no será el arte nuevo, sino lo que ha sido hasta hoy el naturalismo al realismo: un auxiliar, un modo. Nó, los jóvenes no queremos romper con la ciencia, á pesar de lo que prediquen los falsos santones que Zola señala. El ha dicho que la ciencia sólo prometió la verdad, y á la verdad camina la juventud, aunque no practique para ello su método. Hay, pues, que dejar á los jóvenes que vivan y luchen, sin ofuscarse en alejarlos de sí, como hace el viejo Solness. En esto la realidad, la verdad, se impondrá siempre al símbolo.

La sed de ideal cuasi mística, esto es, la idealidad religiosa, en que confía el hombre cansado de la lucha (y ya hice esta observación en el Ateneo el año anterior), no es «la tendencia profunda á lo sobrenatural,» ni el desmayo en mitologías insanas. Podrá ser la tendencia al ensueño, pero no al ensueño místico, ni al de los románticos, ni al de los idealistas, ni al de los falsos bramines, que propalen los errores de Mäterlinck. Ya lo dije otra vez: se trata de algo muy humano, y por consiguiente real, que en cierto modo ha rechazado hasta aquí el arte de observación torpemente: y el no comprenderlo de esta manera produce las aberraciones de los que se adelantan á fijar la fórmula, engañados por las señales que aquí y allá se observan, esto es: la crisis que, efectivamente, nadie osará desconocer. La crisis existe profunda y alcanza á todo, porque la atraviesa el espíritu: el espíritu no agotado, sino con el cansancio de la fiebre y la lucha, entrégase al ensueño, pero el ensueño no es su aspiración, es un momento de abandono y placidez en la vida: los que agoten en ese periodo sus aptitudes se quedarán bien pronto rezagados, atrás, muy atrás, en el gigante paso de la cultura.

Lo que hay que traducir de las señales presentes; lo que ha entristecido á Zola sin que él quiera ó pueda comprenderlo, es que, si la ciencia ha prometido la verdad, y á pesar de la promesa se le insurrecciona el espíritu, consiste en que la ciencia abrumadora, se ha olvidado á menudo de incluir en la investigación las verdades que corresponden al alma. ¡Hace tanto tiempo que no se nos habla de ella! He ahí el secreto, la tendencia al ensueño, no á lo sobrenatural, y á la idealidad religiosa, no mística, ni ascética ni cosa que lo valga.

*
*
*

A la generación que se extingue le parece, según asegura un periódico, extravagante Mäterlinck. ¡Qué cosas tienen los viejos! Mäterlinck procura llevar á la escena el choque del hombre contra el ángulo de lo desconocido, y claro, como á los pícaros hombres no puede presentárseles estas cosas distintamente (hay que engañarlos, según él), se vale del símbolo. ¡Pero que símbolos, á juzgar por lo que ha hecho en el drama *Pelleas et Melisande!* No hay seres tangibles; (2) todo es vago, etéreo: las personalizaciones son pura cifra y pura cifra también las palabras. El espectador cae en éxtasis, y si no cae, lo cual es seguro, necesita que alguien le apunte y explique al oído lo que vá viendo. Mäterlinck dá cruz y raya á Ibsen, pues mientras éste no olvida vestir las abstracciones, las generalidades, con pormenores de un realismo encantador, el otro lo simboliza todo. Estamos en plena resurrección de Misterios. «Es necesario que el poeta nos *engañe* con frecuencia—habla Mäterlinck—para hacer creer al público que se ha respetado la convención,» y, según parece, Mäterlinck trata de que el carácter no sea un signo inferior á la humanidad, tanto más restringida y especializada—asegura—cuanto más relieve adquiere aquel.

No tengo tiempo para analizar toda la teoría respecto del drama, que este autor *nuevo* expone; pero lo indudable es que algunos se empeñan en no ver claro y en caminar desastradamente á lo absurdo. Se hace con el teatro mangas y capirotas, y si propendiera á esto la juventud, tendría Zola razón en entristecerse. Creo yo que,

TUNDA DE AZOTES



ABLANDO Zola á los estudiantes, si se le mira de perfil, recuerda á Alvaro Solness (1): claro que de frente, ya no existe tal semejanza, y hay de uno á otro... lo que hay del propio Ibsen á Zola, que no es poco. Alvaro Solness, por ejemplo, se asusta de la luz, del aire tibio de primavera, del soplo nuevo, en suma, porque lo nuevo le atajará el camino y le superará con sus bríos y sus alientos pujantes; le espanta la juventud, porque la juventud, no sólo

es una promesa, como ha dicho Lamartine, sino que tiene derecho á la vida. Por eso envenena toda iniciativa de los que corren tras él y cuasi le alcanzan; por eso no quiere abrir sus balcones al rayo de sol tibio y suave, que renueva todas las cosas. Pero Alvaro Solness no es un ente simple, aunque el talento de Ibsen haya sabido darle con riqueza de pormenores que admira, carácter de personalidad. Estamos en presencia de un símbolo, según parece... y nada es más contrario al símbolo que Zola.

En lo único, pues, que recuerda éste al tipo dibujado por Ibsen, es en el temor que le infunde el mañana, que pasará por encima de su generación, agotándola, anulándola, olvidándola acaso; y le recuerda también en la amargura con que comprende que sus ensueños, sus aspiraciones y sus glorias, no tendrán eco en el alma virgen de los jóvenes que se esponja al nuevo rayo de luz. Esta tristeza es muy humana: es la tristeza del hombre que se vá, que pierde terreno en la dominación de la época y del mundo... y preciso es resignarse, como él dice, con este continuo cambiar del espíritu humano.

Pero Zola no acierta con los ideales nuevos, ó mejor dicho, no fija con juicio luminoso las señales de una nueva dirección en el rumbo de la humanidad. Este error lo han padecido muchos, no sólo en el juicio sino en la fórmula; y como, impacientes ú obcecados,

(1) Tipo del drama *Alvará Solness*, de Ibsen.

(1) En su *Angel Guerra*.

(2) Como aquí no se ha representado, apelo al testimonio del ilustre crítico Sarcey.

sin negar eso del choque contra el ángulo, lo que más necesitamos es el choque del hombre contra el hombre, y más que conceder al poeta que nos engañe, que nos diga la verdad. Pero no por símbolos como los de Mäterlinck, que necesitan una iniciación previa. Y aun el símbolo, á pesar de serlo, ¿no admite la claridad luminosa? Recuerdo la fábula de Hartzembusch en que un águila le pregunta al caracol cómo diablo ha subido hasta sus regiones, y contesta él sencillamente:

«Subí, señora, á fuerza de arrastrarme.»

Es decir, sin el misterio que los nuevos idealistas buscan...

J. FERNÁNDEZ LUJÁN

NOTAS

He visto en una carpeta de notas, de un *Secretario particular*, las siguientes. Por curiosas han llamado mi atención y las publico; no está bien, ya me hago cargo; pero callando los nombres en ellas interesados, la indiscreción no resulta de gran magnitud. Al grano. Lo que yo he escrito con lapiz en las notas, *lo subrayo*.

«Chico, boqueras completas y eclipse de amigos fieles. ¿Es claro... hasta á la Cibeles, la he pedido dos pesetas! ¿Para qué lo he de ocultar, ni qué gano con mentir? Ya no encuentro á quién pedir ni me queda que empeñar. Fiera y pertinaz la lucha, mi espíritu debilita. Necesito mucha guita, pero mucha, mucha, mucha. A ver que me pueden dar. (Cuando se recomendaba este prójimo, pensaba, en Consumos ó Ultramar.)»

«Cuando se abran las Córtes, me habré mudado; podré tener de huéspedes seis diputados. ¿A qué está una? Vamos á ver, querido, si me los busca. Por supuesto que sean ministeriales. Yo soy, como mis hijas, —ya usted lo sabe— muy liberala y no quiero enemigos dentro de casa. En vez de ser los huéspedes serán los amos; no han de hallar en nosotras los diputados —yo se lo fio— ni oposición siquiera... (Ni obstruccionismo.)»

«Mi nobleza no vacila en pretender; es perfecta.»

Me consta que en línea recta descendiendo de don Favila. Las líneas horizontales me entroncan á un rey albino; á uno persa y otro chino, las líneas colaterales. Un califa de Ragdad por curvas á mí se llega, y alcanzo á una reina griega por líneas de oblicuidad. Mi escudo, en gules, pregona gran alcurnia; león rapante, un mastin, un elefante, dos lechuzas y una mona. Y lleva en la parte gualda, rota por línea bermeja, un boregui, una quedeja, un esternón y una espalda, lo cual prueba, más y más que naci noble, de cuajo, por arriba, por abajo por delante y por detrás. Como nadie el lomo oprimo, de potro cerril y fiero. No estudio, tengo dinero, bebo, cazo, juego, esgrimo... Por lo cual no me parece mi deseo extraordinario. Un título nobiliario solicito. (Lo merece.)

«Pagar es impertinencia, ya lo sabes; yo querría ir gratis en el tranvía y en sitio de preferencia. Necio es que conmigo engorden las compañías, ¿no es cierto? (Logrado, si don Alberto, le dá una plaza en el Orden.)»

«Como ella es hermosa y rica, cuanto ha pedido ha logrado; aunque ya ha condecorado á su esposo, te suplica por mi conducto, Tomasa, un toison para su Diego. (El collar, porque el borrego ya debe tenerlo en casa.)»

Esta nota y otras muchas, encontré en dicha carpeta. Ya daré conocimiento del resultado que obtengan.

RAFAEL MARÍA LIERN

INTIMIDADES

¿Y por eso has de llorar? ¿Con que, nada más por eso? ¿Porque quieres darme un beso y no me lo dejas dar?

No seas niña, y no mires esas cosas tan pequeñas... Te lo diré, si te empeñas; ven, no llores; no suspires.

Deja ese inútil afán; deja esos locos temores. ¡Pues, si los besos mejores son los que nunca se dán!

¡Mujer!... Si en mi corazón no cabe misterio alguno; si es porque... ¡si te doy uno, tengo que darte un millón!

¡No!... Si lo sé; si en la vida

me había importado nada, ni la barba despeinada, ni la corbata torcida...

Ni me importa ahora tampoco; pero ¡hija! puede uno ser loco por una mujer, y no ir al Café hecho un loco.

Claro que no pasaba antes; ¡pues estábamos lucidos si hiciéramos, de maridos, lo mismo que cuando amantes!

¡Justo!... y porque de solteras os adoran de ese modo, ¡después de casado y todo me iba yo á hacer rodilleras!

¿Por eso precisamente?... ¿Presunción á medias?... ¡Vamos!

Ya era extraño, que hoy no hablo del... capítulo siguiente.

¿Que juré que sólo á ti, porque te mueres de celos? ¡Como Dios está en los cielos, y como tú estás aquí!

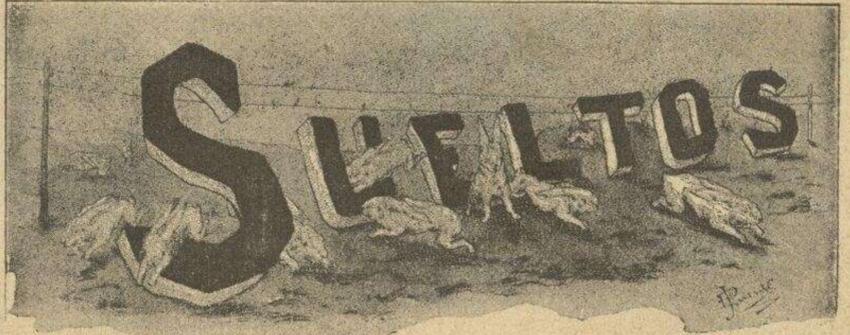
¡Si eso ni lo has de dudar! pero, sin creer por eso que siempre, al pedirme un beso,

tengo besos para dar.

Pues, ¿ves?... Otra niñería... ¿Que antes no...? Claro que no. ¡Porque antes, tenía yo que ser el que los pedía.

Si sólo lloras por eso y no quieres llorar más, tú no me beses jamás... ¡ya verás como te beso!

MARCIAL DE LOS RIOS



Sabíamos que, desde los tiempos del abuelo de Guttemberg, los cajistas se entretenían en hacer de las suyas siempre que el tiempo y las letras lo permiten.

Pero gracias como la que hicieron en el número pasado en un artículo titulado «La del Empresario», no sabíamos que las hicieran.

En dicho artículo consiguieron lo que ningún empresario de Teatros ha conseguido hasta ahora.

Obligar á Massini á que cantara «La Gran Vía».

No lo extrañen ustedes y no extrañen tampoco que el mejor día hagan que cante misa Miss Ida Fuller.

De menos nos hizo Dios.

En el cementerio
la vide llorando,
y cogiendo cera de los candeleros
que estaba cuidando.

No seas tan distraída,
no te recojas la falda,
acuérdate de que tienes
en el Monte las enaguas.

L. PARDO IRULETA

Por si no teníamos bastante con la visita del secretario del Padre Eterno, han llegado esta semana, procedentes de no sabemos donde, á Bilbao el Rey de los brujos, y á Madrid la madre Eva, que se echó la otra noche á la calle completamente desnuda, con objeto de convencer al mundo entero de que tiene mejores formas que la *Bella Chiquita*.

Esperamos, de un momento á otro, la llegada de la burra de Balaám.

Extraña en Madrid la gente que se haya fugado un preso desde el coche celular donde lo llevaban suelto.

Aquí también lo extrañamos y no comprendemos eso, porque, lo que dijo ayer

uno que fué compañero del fugado, aunque no dijo en qué patio ni en qué tiempo: —Pá fugarse así en la calle delante del mundo entero, ¡cuánto mejor es fugarse desde la Cárcel modelo!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

J. G.—Conque ¿á V. le parece que *debían preferirse, entre los dibujos del periódico, los tipos de su país?* Pues lo mismo les puede parecer á los de las cuarenta y ocho provincias restantes y... ¡á ver qué ibamos á hacer nosotros!

M. T. Rio.—*Barcelona*.—Sí, señor; también á nosotros nos pareció muy justa la pompa con que se trasladaron los restos de Berenguer, el ilustre conde; pero ¿dispararle odas de ese calibre? Antes lo trasladaran á la China.

A. de Ch.—*Reus*.—Casi lo digo con pena;

pero, amigo, no me llena.

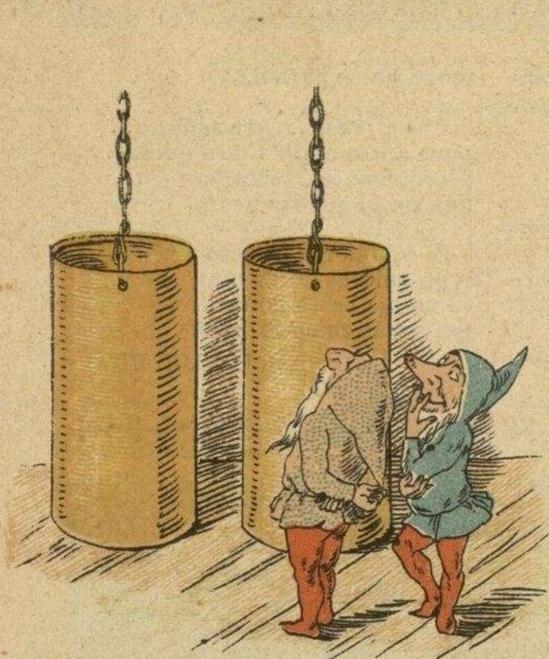
A. R. R.—Es del género inocente, aunque dentro del género no está mal.

A. B.—*Bilbao*.—En algo de lo que dice tiene una miajita de razón. En cambio no tiene ni poca ni mucha para escribir *beremos*... así.

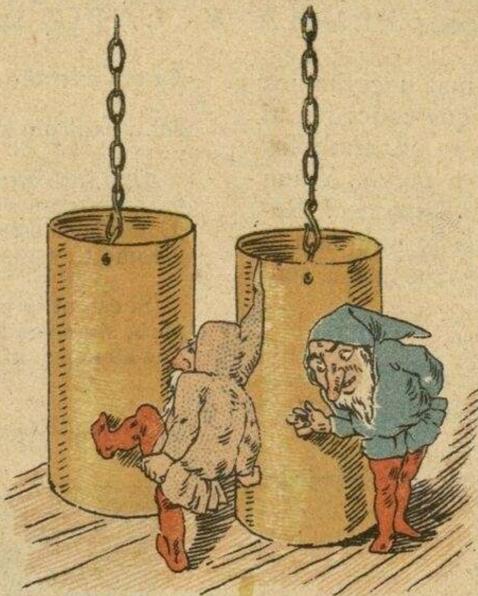
C. C.—*Toledo*.—No se ofenda V., pero creo que no cabe nada peor que eso.

A. LL.—*Barcelona*.—Retiro las anteriores palabras. Cabía algo peor; lo de V.

(Quedan más cartas por contestar.)



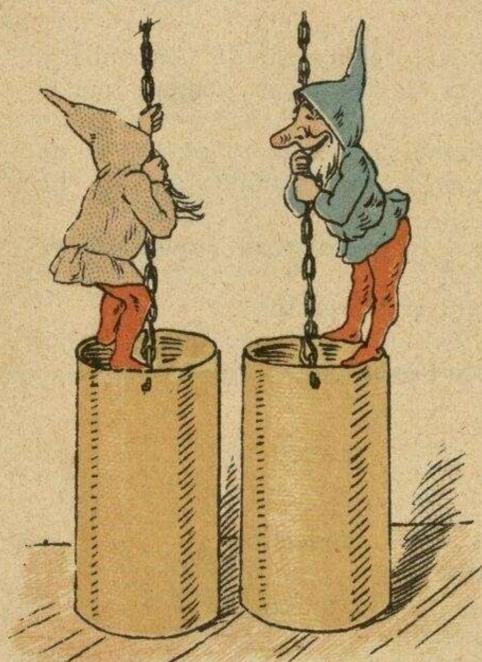
-Pues esto sirve para algo, no me cabe duda, Trifón.



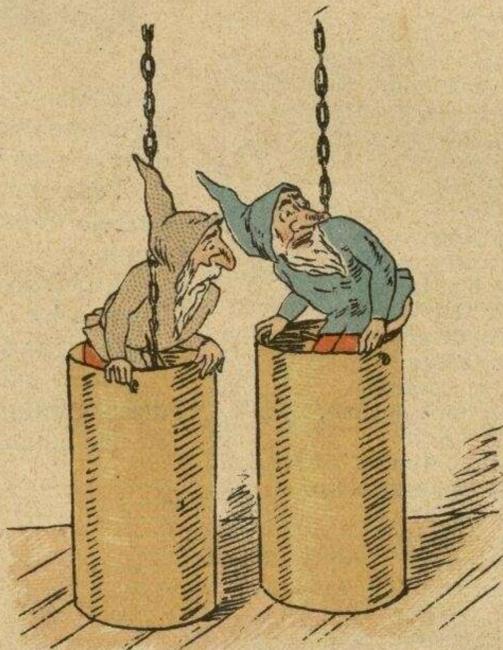
-Y está hueco Pituso.
-Cuando yo te digo que aquí hay gato encerrado.



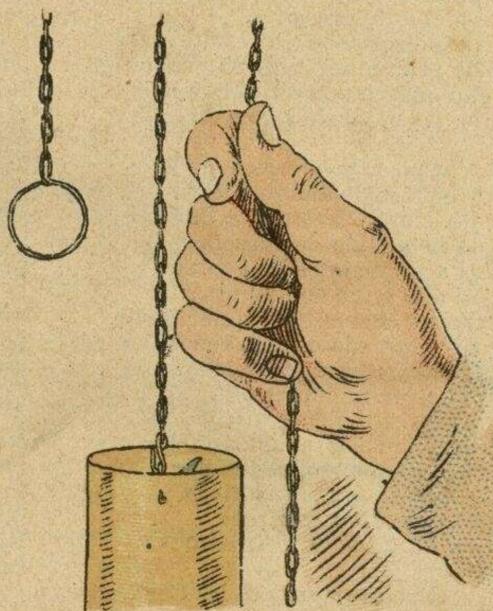
'Arriba, que demonio!'



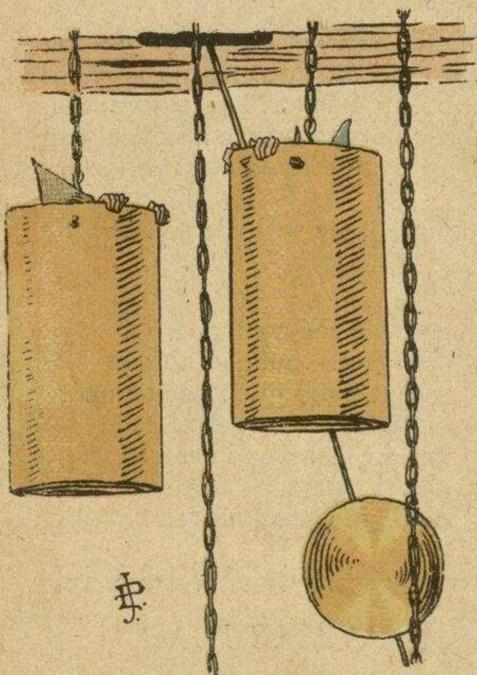
Ya estamos arriba.
Te digo que somos un par de valientes



Me parece que viene gente...
Pues, a esconderse tocan, Trifón



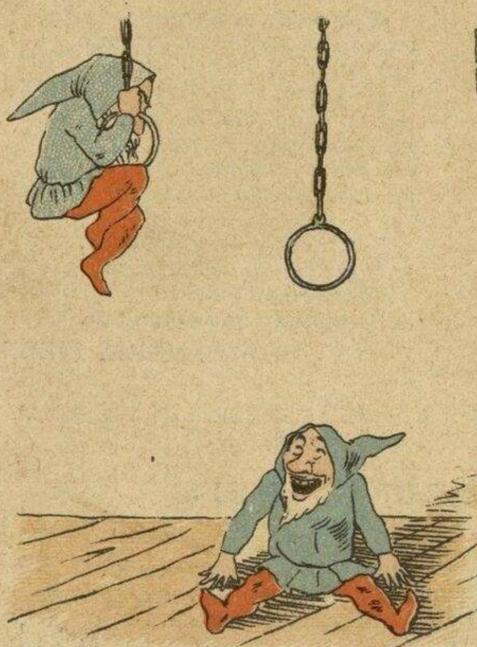
-Anda, anda, y como subo! Si esto parece un globo!



-Pero ¿tu también has subido?
-Divinamente, pero no asomes la gata que todavía no se han marchado.



Animo, Trifón.
Chico, me parece que la bajada va a ser más penosa que la subida.



Ahora verás que blando está el suelo, Pitusa.



-¡Si supieran en casa la juergueta que hemos corrido!

PLUMA Y LAPIZ

◆ PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO ◆

SE PUBLICA LOS JUEVES

SUSCRIPCIONES

Barcelona..	trimestre	2	Pesetas
Provincias..	semestre	4	
Ultramar y extranjero..	un año	13	

TODOS LOS PAGOS POR ADELANTADO

CORRESPONSAL EN MADRID
para la venta de números corrientes y atrasados
D. ANTONIO FERNANDEZ. - MAYOR, 2 Y 4

Se admiten anuncios para este periódico